

La economía moderna: Esa extraña “ciencia” del vicio virtuoso

The modern economics: This strange “science” of virtuous vice

Andrés Monares¹

Resumen: La Economía Moderna o “científica” se desarrolló sobre un supuesto religioso: la naturaleza humana es egoísta. Así, la vertiente ortodoxa de la disciplina ha reproducido teórica y metodológicamente ese supuesto, empíricamente falso y éticamente cuestionable, apoyada en que la Economía sería una “ciencia”. La difusión desde la academia de esa ética crudamente utilitaria, se ha traducido en su aceptación como una ética individual y social legítima y correcta.

Palabras clave: Ciencia económica, ética, egoísmo, educación económica, Adam Smith

Abstract: Modern or “scientific” Economics was developed on a religious assumption: human nature is selfish. Thus, the orthodox point of view of the discipline has reproduced theoretically and methodologically that assumption, empirically false and ethically questionable, supported in that Economics would be a “science”. The dissemination from the academy of that crudely utilitarian ethic, has translated into its acceptance as a legitimate and correct individual and social ethic.

Keywords: Economics, ethics, selfishness, economic education, Adam Smith

*Una versión previa de este artículo fue publicada en Revista Digital Alta Dirección, Junio 2011, Departamento de Administración de Empresas. Facultad de Administración y Economía de la Universidad de Santiago.

¹ Antropólogo, Profesor del Área de Humanidades de la Escuela de Ingeniería y Ciencias. Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas. Universidad de Chile. Correo-e: amonares@ing.uchile.cl

“Los arreglos del mercado... reducen la necesidad de la compasión, el patriotismo, la hermandad y la solidaridad cultural como fuerzas motivadoras del mejoramiento social... El aprovechamiento del motivo ‘básico’ del egoísmo material para la promoción del bien común es tal vez el invento social más importante que la humanidad haya realizado”

Charles L. Schultze.

1. Los espejismos del fundamentalismo de mercado

A estas alturas las palabras arriba citadas del economista Charles L. Schultze (Daly y Cobb, 1993: 131), han de parecer obvias para estudiantes y profesores de las escuelas y facultades de Economía Moderna o “científica”. Eso sí, pocos hablan en ese añejo lenguaje filosófico que emplea el concepto de “egoísmo”; uno con no poco olor (¿o aquellos dirían hedor?) a filosofía y religión. Hoy se utiliza el lenguaje técnico con su asumida ventaja de universalidad, neutralidad y objetividad. Características todas que los ortodoxos le otorgan a la “ciencia económica”. En tal sentido, se ocupan términos modernos y técnicos tales como “maximización”, “cálculo”, “economizar” o “racionalidad”. Hace rato que la Filosofía Moral devino en “ciencia económica”. Y qué bueno que haya sido así, afirman los propios cultores de dichos estudios productivo-comerciales.

Aunque una cuestión no menor es preguntarse hace cuánto tiempo que ocurrió en realidad ese “progreso” disciplinar. En libros, artículos y cátedras económicas el tema en general no se toca. ¿Para qué? Eso es trabajo de los historiadores... e incluso de los arqueólogos. Así de *vieja* se presume que es la Economía Moderna. Pero, ¿cuál es su edad en realidad? Por eso aquí se ha añadido y destacado a propósito la palabra “Moderna”. No en su significado cronológico de actualidad, sino en su sentido sociocultural. Si la Modernidad se refiere a la tradición anglosajona pos Reforma Protestante del siglo XVI, la cual fue desarrollada filosóficamente por los miembros de la Ilustración en los siglos XVII y XVIII, la Economía Moderna en tanto teoría se entenderá cual descendiente directa de esos procesos.

La disciplina es más *vieja* de lo que algunos pudieran inocentemente creer. Pero en realidad es muy *joven*, al tomar en cuenta los 200 mil años aproximados de existencia del *homo sapiens*. La Economía Moderna se sitúa en la tradición anglosajona desde la perspectiva sociocultural y en Europa Occidental desde

el punto de vista geográfico. Como es obvio con todo invento humano, y para decepción del mito economicista de la universalidad de su teoría, ésta fue desarrollada en una sociedad particular, en un tiempo determinado y para promover/proteger ciertos intereses particulares.

Más de un “científico” podría señalar que no es asunto de la Economía entrometerse en cuestiones históricas, menos todavía con las religiosas y filosóficas. Sin embargo, siempre es bueno recordar que la Economía es una Ciencia *Social* (Sociocultural se dirá en adelante aquí). Y el hecho de que en su análisis y descripciones mida y emplee números, no la hace menos sociocultural. El acoger dicha metodología (en buena parte para arrimarse al estatus de la Física) implicó en los “científicos” cultores de la disciplina un “menoscabo de los juicios de valor y el subjetivismo propio de la condición humana”, lo cual “fue propiciando poco a poco una concepción de lo económico muy alejada de lo social” (Guzmán, 2005). En el puntual caso del contemporáneo (ab)uso de la matemática por la ortodoxia, se perdió de vista que es un medio, un lenguaje, y no una esencia o un fin. Desde la Física –la “madre” de la ciencia occidental– Max Planck (1947), un científico de verdad y además muy destacado, señalaba que la matemática es una “representación” de la realidad” que “sólo coordina y articula una verdad con otra”; es evidente, señalaba, que las mediciones son un medio, pues “no contienen información explícita y tienen que ser interpretadas”. Pero esa obviedad debe ser con mayor razón recordada hoy, justamente por el dominio de la tecnocracia neoliberal y su afán por sobredimensionar la matemática, lo cual tiene como corolario dar apoyo a un sistema autorregulado que no requiere de ética o que incluso ella sería un factor de entorpecimiento de ese utópico ajuste automático o equilibrio.²

El problema es que en Economía Moderna, una disciplina que ha llegado a ser tan dada a los formalismos, se ha realizado sin mucho análisis un cambio que en una mirada superficial pareciera sólo formal: el “egoísmo” de la antigua Filosofía Moral ha sido reemplazado por la “maximización” de la “ciencia económica”. Justamente, este énfasis cientificista ha remarcado el que la disciplina sea concebida “sólo desde una perspectiva exclusiva de *procedimiento* de la actividad

²Nunca está de más recordar que el rechazo a la *matematización* de la disciplina puede encontrarse en la propia Economía, es el caso de Alfred Marshall, John Maynard Keynes, un muy buen matemático por lo demás, y Paul Samuelson (Streeten, 2007).

humana (relación fines-medios), sin reparar en la propia esencia de los fines de esa actividad” (Guzmán, 2005: 16. Cursivas del original). Es decir, para el tema que aquí interesa, la “ciencia económica” no se preocupa de aspectos éticos; pues, se parte de la base que si alguna conducta económica llegara a fundamentarse algún factor ético, éste es indistinguible de cualquier otra motivación. Postura dominante en el propio enfoque disciplinar y en su enseñanza:

“...en el análisis económico apenas se cuestionan los valores que determinan su orientación, método y desarrollo (...) en la ciencia económica no se suele impartir ninguna materia que tenga que ver con la ‘filosofía económica’ en la que se cuestione, compare y analicen los distintos valores sociales o criterios éticos que subyacen en las teorías económicas —la asignatura de ‘pensamiento económico’ suele quedarse muy lejos de estos planteamientos—, con lo que la articulación de la propia ciencia económica queda determinada exclusivamente por los valores instalados en las élites del momento” (Guzmán, 2005: 12).³

Como señala la filósofa Adela Cortina, la ética es un tipo de saber práctico “que pretende *orientar la acción humana en un sentido racional (...) la ética es esencialmente un saber para actuar de un modo racional*” (Cortina, 1994. Cursivas del original). En otras palabras, se puede entender que la ética se relaciona a la reflexión acerca de los fines, medios y motivaciones que las personas en sociedad consideran para dirigir sus acciones durante toda su vida; las cuales se fundamentan en diversas perspectivas y que académicamente se identifican con diferentes escuelas o racionalidades éticas.⁴

En el ámbito económico, como en cualquier otra área, se supone que una motivación racional debiera anteceder a los actos conscientes en relación a la producción, el consumo, los intercambios, etc. Esa racionalidad ética primaria se entiende en tanto reflexión a través de la razón y no necesariamente en términos del cálculo costo-beneficio que ha universalizado la Economía ortodoxa como la “racionalidad” humana. Efectivamente, ese cálculo, el economizar, es una de las

³ Ese dominio valórico implícito y/o no percibido, continúa el autor, estuvo en manos principalmente británicas entre los siglos XVIII al XIX y posteriormente hasta la fecha pasó a los estadounidenses: “se ha vuelto a emparejar en el concierto internacional, la hegemonía material (política-económica-militar) con la hegemonía de las ideas y valores imperantes en el pensamiento económico”.

⁴ En términos sencillos, a “la parte de la filosofía que reflexiona sobre la moral [la] llamamos ‘ética’ o ‘filosofía moral’ (...) aunque los términos ‘ética’ y ‘moral’ signifiquen lo mismo etimológicamente [“carácter” o “modo de ser”] (...) hemos dado en llamar ‘ética’ a la filosofía moral y ‘moral’, a secas, a ese saber que acompaña la vida de los hombres haciéndoles prudentes y justos” (Cortina, 1994: 28). En resumen, siguiendo a la autora, la ética como filosofía moral tiene tres funciones: “aclarar qué es lo moral”, “fundamentar la moral” y “aplicar a los distintos ámbitos de la vida social los resultados de las dos primeras”.

tantas posibilidades para dirigir la acción de las personas. En tal sentido, y no con poca ironía, la *científica* “racionalidad económica” en el fondo no es más que un tipo específico de *propuesta ética*.

Se podría pensar que el formalismo de la economía ortodoxa pretendería esconder o superar una molesta piedra en el zapato: el egoísmo como motor de la acción humana... ¿O ni tan molesta cuando se constata que muchos hasta están orgullosos de seguir una doctrina? Se plantea aquí la duda, pues a la fecha no son pocos los economistas del tipo de Schultze, o sea, quienes están convencidos de que el sistema autorregulado basado en el “egoísmo” para conseguir lucro y bienestar material, “es tal vez el invento social más importante que la humanidad haya realizado”. Y, de hecho, no tienen problema ético alguno con asumir tal posición. De ahí que se siga una defensa a ultranza del individualismo como norma ética de las acciones de los sujetos y motor de las relaciones sociales, a las que se les otorga un carácter utilitario y pragmático.⁵

Se podría especular que, al menos para quien sea más reflexivo o pudoroso, no parecería muy prudente o elegante fundar la Economía Moderna en el “egoísmo”, más cuando es una disciplina que muchos de sus cultores tienen la plena certeza de que es científica. O sea, no parece muy sugerente fundamentarla en lo que por siglos el pensamiento occidental –lo mismo que sucedía y sucede todavía en otras tradiciones socioculturales– catalogó de “vicio”. Si se quiere ver así, un profesor no ha de sentirse muy cómodo al enseñar a ser viciosos (egoístas) a sus estudiantes. Entonces, por suerte para aquellos más reflexivos o pudorosos, la academia enseña “racionalidad económica” y son bien calificados por ella quienes “maximizan” o “economizan” de forma *correcta*.⁶

Ahora bien, precisamente el egoísmo ha permitido a los economistas ortodoxos asumir que las personas tienen reacciones *mecánicas* y *regulares*. Cuestión básica para sostener la calidad de “ciencia” de la disciplina, su absoluta capacidad

⁵ Ese pragmatismo, que da por resultado una visión distorsionada de la ética y de la propia vida social, se puede constatar respectivamente en las siguientes citas de Kenneth Arrow, Nobel de Economía de 1972, y de Lawrence Summers, ex economista jefe del Banco Mundial y ex secretario del Tesoro de EE.UU.: “no confío demasiado en la sustitución del interés propio por la ética. Pienso que lo mejor para todos es que la exigencia de comportamiento ético se limite a aquellas circunstancias en las que el sistema de precios fracasa”; “La mejor manera de conservarlos [los valores altruistas] es diseñar un sistema en el que los deseos de las personas sean satisfechos por individuos que son egoístas y reservar ese altruismo para nuestras familias o nuestros amigos...” (Sandel, 2004: 130 y 133).

⁶ Esto se ha *suavizado* formalmente con la concepción de que toda persona calcula racionalmente valores (entendidos como precios de mercado o psicológicos) que asigna a cosas, situaciones, personas, etc. Mas, las múltiples variables que pueden introducirse en la “función de utilidad”, no alteran el fundamento del cálculo individualista que busca la satisfacción de los propios deseos (Monares, 2015).

explicativa del fenómeno humano y, en consecuencia, la evidente superioridad de la Economía frente al resto de las disciplinas socioculturales; estas habrían quedado caducas o serían absorbidas por la Economía. Ante esta perspectiva totalitaria o imperialista se puede recurrir a Lionel Robbins (1951), “padre” del formalismo económico moderno, quien estaba convencido de lo infructuoso que sería jactarse por *mirarse el ombligo*: “la Economía, por sí sola, no da la solución a ninguno de los problemas importantes de la vida”. Por ello, continúa el autor, “una educación que consista sólo en Economía es muy imperfecta”. Se podrá concluir que Robbins *ya* era crítico –¡en los treinta del siglo pasado!– de lo que a la fecha se ha llegado a denominar el autismo de la disciplina y de la nula apertura mental de los más recalcitrantes de sus colegas actuales.

A ese respecto, otros economistas han sido tanto o más tajantes en sus reproches a la actitud de autosuficiencia intelectual de una parte no menor de quienes pertenecen al gremio. John Maynard Keynes afirmaba que “Son asombrosas las tonterías que uno es capaz de creer cuando piensa mucho tiempo solo”. Por su parte, Joan Robinson señalaba que “cuando los estudiantes de economía dejan de hacer preguntas, están preparados para ser profesores” (Streeten, 2007). De ahí que Gunnar Myrdal (1959), premio Nobel de Economía de 1974, recomendara liberarse de los impedimentos que trae aparejada esa mirada cerrada y limitada; impedimentos que pasan a ser “una pesada carga” teórico-práctica. Algo más recientemente, en 1992, un grupo de economistas entre los que se contaba a cinco premios Nobel de la especialidad –Franco Modigliani, Paul Samuelson, Herbert Simon, Clive Granger y Jan Tibergen– elaboraron un manifiesto o petición que demandaba un análisis económico pluralista y riguroso (Monares, 2008). En otras palabras, diversos investigadores y académicos de diferentes líneas económicas recomiendan y empujan a cuestionar el *fossilizado* saber oficial de la ortodoxia fundamentalista del mercado.⁷

⁷ Parte del manifiesto mencionado, publicado originalmente en la *American Economic Review*, señala: “Estamos preocupados por la amenaza que el monopolio intelectual representa para la ciencia económica. Hoy en día, los economistas están sometidos a un monopolio en el método y los paradigmas, a menudo, defendidos sin un argumento mejor que el de constituir la ‘corriente principal’. Los economistas abogan por la libre competencia, pero no la practican en el campo de las ideas” (Citado en Monares, 2008: 13). Por otro lado, también a fines del siglo pasado surgió en los ámbitos académicos, principalmente en Europa Occidental y Estados Unidos, un movimiento crítico de la ortodoxia o de la Economía “autista”. Pero, es muy pronto para sacar conclusiones del empeño de esa Economía post-autista; ver: <http://www.paecon.net/>.

Parte fundamental de ese *fosilizado* saber oficial es lo que preocupa aquí: por qué la Economía Moderna ha elevado el vicio del egoísmo a un sitio no sólo principal sino hasta imprescindible. Pero a su vez, y por si fuera poco, incluso lo tiene por *benigno*, al confundirse eficiencia y utilidad con virtud. La explicación que aquí se emprenderá remite a aspectos nombrados con anterioridad: la Reforma Protestante y la Ilustración. Para despejar el asunto de nada sirve la Economía Positiva, esa mera descripción que utiliza un método y nunca se ha preguntado por los fundamentos de dichos procedimientos, ni del por qué hay que usarlos, ni de si describen la realidad de manera *confiable*, es decir, si en verdad son capaces “de dar mediciones [y también descripciones no numéricas] con el menor error posible” (Briones, 1990).⁸

En este texto se expondrá cómo surge desde la Reforma y es luego desarrollado por la Ilustración, el principio que sostiene que en los asuntos humanos *el mal redundando en el bien*. Esa manera de explicar/describir las sociedades continúa siendo la piedra angular de la moderna “ciencia económica”. La cual a la fecha plantea y legítima, con argumentos supuestamente técnicos, que el fin justifica los medios. En específico, que el egoísmo es indispensable para alcanzar los más altos objetivos de toda sociedad que se estime o quiera ser *civilizada*: la riqueza y el bienestar material. Y esas preguntas no se podrían concebir ni formular desde *dentro* de la “ciencia económica”, como tampoco se podrían contestar sin *salir* de ella.

2. La metafísica del vicio virtuoso

A pesar de que como señala el economista Eric Roll (2003), en general sus colegas no se interesan ni dominan los fundamentos de su propia disciplina, se irá aquí a contracorriente (o, en otras palabras, se hará trabajo académico) al volver la vista al pasado y a las ideas que sirven de cimiento a la Economía Moderna. La disciplina en tanto sistema ideológico-metodológico-normativo de definición, estudio y descripción de lo económico, es también imposible de separar del contexto donde surgió. Por cuestiones de espacio no es posible entrar aquí en detalles, pero diversas investigaciones indican la importancia de la Reforma

⁸ No se quiere insinuar que describir/medir son cuestiones inútiles. El punto es que las meras descripciones son simples inventarios y la cuantificación debe aplicarse únicamente a lo mensurable. Además, en el caso de investigaciones de fondo, no es apropiado elevar dichas técnicas de investigación desde su rol de apoyo a un papel central o transformarlas de medios a objetivos.

Protestante en la posterior conformación ideológica de Europa Occidental. En especial, de lo que a principios del siglo XVIII pasará a ser Gran Bretaña, cuna de la tradición cultural que actualmente se conoce por Modernidad.⁹

En particular, esa influencia se centra en la teología del reformador francés Juan Calvino (1988). Su doctrina fue extendida a las islas británicas desde Ginebra, su lugar de residencia y actividad reformadora e intelectual desde 1541 hasta su muerte en 1564. Los habitantes de dicho archipiélago fueron especialmente en el siglo XVII (con la evidente excepción de los católicos irlandeses), un terreno muy fértil para la doctrina calvinista o reformada. Sobre todo, pero no de modo exclusivo, lo fue la burguesía propietaria; esa que a la fecha se le llamaría “clase media” y se le calificaría de “empresaria”.

Para el problema aquí tratado, es necesario exponer la visión del teólogo francés acerca de las consecuencias del pecado original en el género humano. Al respecto sostuvo que el resultado fue la total corrupción de los individuos, por lo cual tienden de modo inexorable al mal: en su presente estado degenerado están “completamente bajo la servidumbre del pecado”. Su naturaleza no sólo es del todo viciosa, sino además fructífera en cuanto a diversas depravaciones. No hay posibilidad de que tales criaturas obren en verdad bien; si algunas de sus acciones lo parecieren, es sólo una falaz apariencia externa. Luego, esa maldad inherente haría necesaria la intervención providencial para controlarla y, a su vez, ese constante gobierno divino utilizará el vicio para lograr la supervivencia de la especie. La Deidad usa la corrupción, el único material que se puede encontrar en los individuos pecadores, a fin de conseguir Sus benéficos designios para la humanidad.

A partir del siglo XVII, los piadosos pensadores ilustrados desarrollarán la doctrina de Calvino en términos filosóficos. Elaboraron sistemas que según ellos *demonstraron*, mediante la descripción de la realidad, el modo en que la Providencia gobierna a los individuos y sociedades. Esa dirección de Dios, que busca hacer cumplir *Su* propio plan, pasaría desapercibida para los depravados humanos. Quienes son inconscientes, salvo los fieles o “santos”, de cómo son regidos en todo momento por la divinidad. En la siguiente cita de John Flavel, pastor puritano inglés del siglo XVII, queda en evidencia el modo en que se

⁹ Para este tópico se puede revisar el conocido y pionero trabajo de Max Weber (1994) acerca de las interrelaciones de lo socioeconómico y lo religioso, y asimismo la excelente obra de R. H. Tawney (1959). Respecto al campo científico ver a Robert Merton (1984), en lo político a Michael Walzer (2008), en lo socioeconómico a Monares (2008). Además, se puede encontrar una exposición general de las influencias de la doctrina reformada en la Ilustración, y por ende en la Modernidad, en Espoz (2003), Ramírez (2011) y Monares (2012).

impone la Providencia hasta en quienes ingenuamente creen que la ignoran o contradicen:

“El más sabio Dios dirige todo providencialmente para su propia alabanza y la felicidad de su pueblo, aunque todo el mundo esté ocupado moviendo sus velas y remando en una dirección contraria a los propósitos de Dios. Es un enorme placer fijarse en cómo el mundo lleva a cabo los propósitos de Dios oponiéndose a ellos; como hace su voluntad resistiéndola...” (Flavel, 2007: 2).

Uno de esos devotos pensadores ilustrados es el escocés Adam Smith (1997 y 2000), considerado el “padre” de la Economía Moderna. Quien de hecho nunca fue un economista, sino un piadoso filósofo moral que aplicó sus ideas al respecto o el ámbito productivo-comercial.¹⁰

Parte esencial del sistema filosófico de Smith es la primacía de los “sentimientos” en la humanidad pecadora; siendo el “egoísmo” el principal o el más característico de aquellos. Esto lo planteó en *La Teoría de los Sentimientos Morales* (1759) –su obra más importante según él mismo y sus contemporáneos– donde emplea el concepto de “mano invisible”. Este singular mecanismo no es otra cosa que la Providencia gobernando al egoísmo para lograr un fin benéfico y/o utilitario. En particular, el autor se refiere a cómo Dios dirige a los terratenientes a que “sin pretenderlo, sin saberlo” promuevan “el interés de la sociedad” y aporten “medios para la multiplicación de la especie”. Este objetivo lo cumplen al distribuir de modo inconsciente una pequeña parte su riqueza, en la forma de salarios de subsistencia, entre quienes los sirven en sus caprichos.¹¹

En *La Riqueza de las Naciones* (1776) volverá Smith a recurrir a la “mano invisible” y de nuevo sostendrá la existencia de una naturaleza egoísta de los individuos. Al presentar la vida económica expondrá que ésta se guía por aquella naturaleza viciosa. En realidad, los bienes y servicios “necesarios y convenientes para la vida” se consiguen “interesando en su favor el egoísmo de los otros” y “haciéndoles ver que es ventajoso para ellos” vender su trabajo o los productos de él. El sistema económico, y finalmente toda la vida social, no responden a la “benevolencia”. No podría ser así en una sociedad de pecadores. Por eso la “mano invisible” o el gobierno providencial de los sentimientos malvados, hace que esa perversidad obtenga beneficios. O sea, la riqueza y el bienestar material de los propietarios, y la supervivencia de los pobres:

¹⁰ Si bien lo central aquí será el siglo XVIII y la obra de Smith, ya en el XVII el trabajo fundamental y fundacional de Isaac Newton, y también el de John Locke, había establecido los fundamentos para los filósofos iluministas posteriores (Monares, 2012).

¹¹ La religiosidad de Smith se ha expuesto ampliamente en Monares (2012), pero es posible dar aquí un ejemplo para graficarla: en la quinta edición de *La teoría de los sentimientos morales* (1781), el autor envió a su editor una lista de erratas que calificó de “pecados contra el Espíritu Santo, que no pueden, bajo ninguna circunstancia, ser perdonados” (Ramírez, 2011).

“Ninguno se propone, por lo general, promover el interés público, ni sabe hasta qué punto lo promueve. Cuando prefiere la actividad económica de su país a la extranjera, únicamente considera su seguridad y cuando dirige la primera de tal forma que su producto represente el mayor valor posible, sólo piensa en su *ganancia propia*; pero en éste como en otros muchos casos *es conducido por una mano invisible a promover un fin que no entraba en sus intenciones*. Mas no implica mal alguno para la sociedad que tal fin no entre a formar parte de sus propósitos, pues *al perseguir su propio interés, promueve el de la sociedad de una manera más efectiva que si esto entrara en sus designios*” (Smith, 2000: 402. Cursivas nuestras).¹²

En palabras actuales, si no se la interviene, la Providencia conseguiría el ajuste o equilibrio automático de los egoísmos en conflicto. Por la “mano invisible” se explicaría la conformación de los precios, al *mediar* la Providencia en la pugna entre oferentes y demandantes efectivos. Y a partir de los precios, también por el egoísmo dirigido providencialmente, se organizaría el sistema productivo-comercial y en último término *toda la sociedad*. Pues al ser el “hombre” *en verdad* un “mercader”, según Smith y quienes luego seguirán su pensamiento, conformará una “sociedad comercial”: se guiaría/sería guiado por el principio egoísta en todos los ámbitos sociales, los cuales en el fondo son económicos.¹³

Esa es la idea—¡Nunca antes vista en la historia de la humanidad!—de un mercado autorregulado formador de precios y dominador de toda la sociedad. Precios que serán los óptimos cuando no se intervenga el proceso (socio)económico que en verdad y en el fondo no es otra cosa que la acción de la Providencia: la “mano invisible”. Es decir, cuando la sociedad se *autorregule a partir de la naturaleza viciosa de sus miembros*, quienes son inconscientes de ella y controlados por ella (que, a su vez, es un medio providencial). Esencial para este sistema de ajuste providencial automático es que se resguarde la autonomía de los individuos, o sea, que su ley interna (sus sentimientos egoístas) no sea intervenida por agentes y/o normas externas (heterónomas) o no económicas. Se entiende que Smith defiende la no intervención, en cuanto no entorpecer esa dirección divina del egoísmo de la

¹² La misma idea acerca de la conveniencia del egoísmo guiado por Dios y la inconveniencia de la “benevolencia” se tiene en el reverendo Robert Malthus: “el Creador (...) ha prescrito a cada hombre que persiga, como su objeto primario, *su propia seguridad y dicha*, y la seguridad y la dicha de aquellos inmediatamente conectados con él (...) Mediante esta prudente medida, los más ignorantes se ven conducidos a promover *la felicidad general*, fin que ellos *jamás se hubieran propuesto si el móvil principal de su conducta hubiera sido la benevolencia*” (Malthus, 1998: 544. Cursivas nuestras). Si aún quedaran dudas acerca de la religiosidad de Smith, tómese en cuenta su coincidencia con lo expuesto por un clérigo o lo religiosamente ortodoxas que eran sus ideas para que fueran sostenidas por uno.

¹³ He aquí el fundamento que permite a la Economía ortodoxa aunar con tanta facilidad la micro y la macroeconomía bajo una misma noción.

corrupta humanidad. Las buenas intenciones reguladoras o en verdad racionales – en contraposición a la “racionalidad económica” sentimental-egoísta del filósofo escocés–, obtienen peores resultados que ese mercado autorregulado por los “sentimientos morales” viciosos. O al menos, no los que se habían propuesto conscientemente.

Ese equilibrio, ajuste automático o esos logros conseguidos “a pesar de” la innata maldad humana, es lo que en teología se denominará “armonía” (mínima) de la vida social. Se entenderá que ella se logra por medio de la constante intervención providencial. Aunque los economistas modernos han perdido el contacto con los fundamentos de su quehacer teórico-práctico, los teólogos los reconocen sin problema. Es el caso del filósofo y teólogo protestante Paul Tillich:

“...a pesar de que cada uno puede estar motivado por el interés de la ganancia, a pesar de que cada uno quiere beneficiarse, *al final* se alcanzarán los objetivos generales de la producción y el consumo por alguna *ley oculta* [de Dios]. Esta misma idea subyace también, con muchos matices, en la teoría del capitalismo estadounidense moderno. *Existe esta creencia básica en la armonía*” (Tillich, 1977: 355-356. Cursivas nuestras).

La concepción de una humanidad gobernada –y que era necesario y conveniente que lo fuera– por su naturaleza emocional, la cual finalmente sería un medio providencial, no era nueva en las islas británicas. Tampoco era una idea original de Smith. Ni lo era el que el sentimiento más característico de los individuos fuera el egoísmo. Ese *naturalismo* es parte de la tradición intelectual británica, como se puede ver en Thomas Hobbes, John Locke, George Berkeley o David Hume (Monares, 2012). Incluso esa idea del egoísmo cual motor de progreso y factor de cohesión social, ya había sido expuesta a principios del siglo XVIII por Bernard Mandeville (1982), moralista holandés naturalizado británico para quien *Los Vicios Privados Hacen la Prosperidad Pública*. En plena concordancia con la línea de pensamiento del vicio virtuoso o utilitario, en sus *Investigaciones Sobre la Naturaleza de la Sociedad* (1723), dice el autor:

“...me congratulo de haber demostrado que ni las cualidades amistosas ni los afectos simpáticos que son naturales en el hombre, ni las virtudes reales que sea capaz de adquirir por la razón y la abnegación, son los cimientos de la sociedad; sino que, por el contrario, *lo que llamamos mal en este mundo, sea moral o natural, es el gran principio que hace de nosotros seres sociables*, la base sólida, la vida y el sostén de todos los oficios y profesiones, sin excepción: es ahí donde hemos de buscar el verdadero origen de todas las artes y ciencias, y *en el momento en que el mal cese, la sociedad se echará a perder si no se disuelve completamente*” (Mandeville, 1982: 248. Cursivas nuestras).

Esa concepción del vicio que guiado por la Providencia consigue beneficios individuales y sociales, no quedó limitada a las islas británicas. En el continente el prusiano y muy piadoso Immanuel Kant, la figura más importante de la Ilustración junto a Newton, la asumió de forma explícita en su filosofía. A pesar de poder identificarse algunas diferencias formales menores, la propuesta de fondo y su fundamento metafísico son a todas luces los mismos. Para Kant (2000) el “antagonismo” es el medio del que se sirve la Providencia, a fin de encauzar hacia el benéfico plan de Dios la “insociable sociabilidad” humana, mecanismo que expone en su *Idea de una Historia Universal en Sentido Cosmopolita* (1784):

“¡Gracias sean dadas, pues, a la Naturaleza [Providencia] por la incompatibilidad, por la vanidad maliciosamente porfiadora, por el afán insaciable de poseer o de mandar! Sin ellos, todas las excelentes disposiciones naturales del hombre dormirían eternamente raquíticas. El hombre quiere concordia; pero la Naturaleza [Providencia] sabe mejor lo que le conviene a la especie y quiere discordia (...) Los impulsos naturales, las fuentes de la insociabilidad y de la resistencia absoluta, de donde nace tanto *daño*, pero que, al mismo tiempo, conducen a nuevas tensiones de las fuerzas y, así, a *nuevos desarrollos de las disposiciones naturales*, delatan también el *ordenamiento de un sabio creador* y no la mano chapucera o la envidia corrosiva de un espíritu maligno” (Kant, 2000: 48. Cursivas nuestras).¹⁴

La idea del vicio o el mal consiguiendo el bien, el bienestar o la utilidad no quedó limitada a los estrechos círculos de la filosofía académica o de los seminarios teológicos. Aquella noción será una cara herencia que la Ilustración legó a la Modernidad. La plena vigencia de esa paradoja reformada-ilustrada entre los siglos XVIII y XIX, se puede constatar en cuatro ejemplos de consecución del *progreso*: Hegel, luterano e idealista alemán, sostuvo el avance de la historia por medio de la confrontación de una “tesis” y una “antítesis” que da lugar a una “síntesis” superior; el hegeliano de izquierda, materialista y *ateo* Karl Marx, elaboró su mecanismo histórico-natural de progreso en base a la “lucha de clases”; en las ciencias naturales, Charles Darwin, clérigo y naturalista inglés, concluyó que el mejoramiento de las especies animales no humanas se realizaba a través de la “lucha por la existencia”; y por último, esa misma lucha que da lugar a la supervivencia de los más aptos, será aplicada a los grupos humanos por los “darwinistas sociales” (Monares, 2012), cuya influencia se deja notar en los economistas ortodoxos contemporáneos que abogan por una sociedad de libre

¹⁴No se ha violentado ni la letra ni el espíritu del autor: él mismo afirma en el texto citado que en la historia humana se deja ver la existencia de un plan de la “Naturaleza” y, por ende, una “justificación (...) de la Providencia”.

competencia donde la lucha por los recursos dejará en evidencia a los aptos (los ricos) y quiénes no lo son (los pobres).

Antes de terminar este apartado debe hacerse una importante aclaración. Estaba lejos de la intención de Smith y de los demás ilustrados, señalar que el vicio es bueno o virtuoso. ¡Nunca los hubieran igualado o confundido! Ambos son cuestiones del todo contrarias y sin lugar a dudas la virtud es buena en sí misma. El punto es que dada la condición pecadora de la humanidad, la maldad es parte inherente de su naturaleza. Dios no la cambiaba, pero la *controlaba* al dirigirla providencialmente; y lo hacía con el único material o medio que aquellos le ofrecían: su naturaleza viciosa.

Los iluministas jamás hubieran aprobado el vicio. Es evidente que su intensa religiosidad cristiana hace imposible tal conclusión. Desde su perspectiva, sólo estaban describiendo un fenómeno para ellos *empírico*: el mal gobernado providencialmente, conseguía beneficios individuales y sociales.

3. Naturaleza viciosa, naturaleza maximizadora... y los satélites de Júpiter

La historia que sigue después del siglo XVIII es conocida. La Filosofía Moral se convirtió en “ciencia económica” y la paradoja del vicio consiguiendo la virtud, el bienestar o lo útil, fue transformada en una cuestión científica. Los sentimientos egoístas se concibieron cual *constante* de la humanidad: un dato dado, regular, observable y, por ende, hasta predecible. Ahora el sentimiento de egoísmo sería llamado con el concepto técnico de “naturaleza” y se entendió que específicamente por ella los sujetos tendían a maximizar con una regularidad homologable a los fenómenos del mundo físico. Esas conclusiones fueron aceptadas de forma transversal por los economistas modernos o “científicos”:

“...la tesis [del principio natural del propio interés] es común a todos los economistas naturalistas, viejos o nuevos, de la escuela clásica, psicológica, matemática o neoclásica (...) *Todos los liberales son naturalistas*, ya sea que utilicen analogías mecánicas (físicas) u orgánicas (biológicas). Son naturalistas en el sentido de que consideran la *competencia basada en la utilidad y en el propio interés como expresión de una lucha general por la supervivencia y el mejoramiento*” (Zweig, 1961: 86. *Cursivas nuestras*).

El lenguaje *pasado de moda o poco riguroso* de Smith, fue reemplazado por una jerga técnica o esotérica a la cual se le agregaron matemáticas... ojalá la mayor cantidad posible. La acción regular de la Providencia fue transformada en las regularidades de la *naturaleza* humana maximizadora, las cuales fueron expresadas en leyes (remedando a la Física, la ciencia modélica o *madre*). La última conclusión de dicha mirada era la *universalidad* del principio natural del propio interés: todo humano en tanto tal, realiza un cálculo costo-beneficio dada su innata tendencia a maximizar. Incluso, ya no se elegiría en los términos objetivos del dinero, ahora el cálculo se hacía asignando subjetivamente un “valor” a bienes, situaciones, personas, etc. Cualquier variable –¡en cualquier cultura, sociedad y época!–, podría ser agregada a una “función de utilidad”. Lionel Robbins (1951) señalaba que ese cálculo era en contextos de escasez, pero con el tiempo y el apoyo de la obra de Gary Becker (1978), Nobel de Economía de 1992, se terminó sosteniendo que todas las decisiones son maximizadoras. Desde la perspectiva de una *naturaleza mecánica* de la conducta humana, no hay problema para llegar a afirmar que la maximización se ubica incluso a un nivel que escapa a la consciencia:

“Los cálculos de costos y beneficios que efectúa cada individuo pueden ser concebidos como procesos *instintivos* (...) El enfoque económico no descarta la posibilidad de que la ‘racionalidad’ opere al nivel *subconsciente*” (Fontaine, 1981: 5. Cursivas nuestras).

Al concluirse que la competencia individualista era natural, por ende *inevitable* como la gravedad u otros fenómenos físicos, el egoísmo quedará exento de cargar la mancha del vicio y hasta tomará un carácter positivo, legítimo y correcto. A pesar de que este *nuevo* avance expresado en la función de utilidad siguió apegado al fundamento original del clásico cálculo maximizador individual (Monares, 2015), se le consideró una verdad “científica”; y como tal, más allá de juicios externos o no económicos. Con lo que se dejó a la ética fuera de un asunto que sería de estricto carácter científico. Si las conductas son naturales, es decir, inevitables o mecánicas, la ética como reflexión para orientar los actos conscientes deja de ser relevante. Una conclusión *válida* cuando se asume la propia lógica de la disciplina, pero se entiende que no es verdadera al tenor de los datos empíricos.¹⁵

¹⁵ Esa premisa básica se complementa con el convencimiento de los economistas de que su disciplina es una “ciencia” que analiza *objetivamente*: “El cientista económico evita, o pretende evitar, todo juicio de valor (...) El economista prescinde de toda introspección en la conciencia de las personas” (Fontaine, 1981). Para enfoques de economistas no *tan* ortodoxos sobre la disciplina y la ética, ver: Guzmán (2005) y Ramos (2009).

A pesar de que la conversión de la Filosofía Moral en “ciencia económica” se hizo sobre los devotos desarrollos ilustrados, a dichos viejos pensadores se les olvidó o relegó a un supuesto pasado demasiado remoto y poco técnico para ser tomado hoy en cuenta.¹⁶ Aquellos filósofos habrían elaborado, a lo más, una especie de protoeconomía: nociones rudimentarias e incompletas –que además utilizaban poco y nada de matemáticas– o ya superadas por las nuevas condiciones de las sociedades industriales o post industriales. En el caso de Smith, su obra intelectual fue reducida a *La Riqueza de las Naciones* y además se cercenó su sentido original... ¡imprescindible para entender a cabalidad la propuesta del autor! Según los economistas “científicos”, en ese paso la Economía había por fin roto el capullo y se habría convertido en una *ciencia de verdad*.¹⁷

Esa es, a grandes rasgos, la estructura y los supuestos de la Economía, de los clásicos a la fecha. Esa vigencia se deja notar todavía más en el neoliberalismo, escuela que domina en la actualidad la teoría, práctica y política productivo-comercial. No obstante, esa vigencia y dominio no se condice con el grado de veracidad de sus supuestos. En otras palabras, con su consistencia al enfrentar los siempre porfiados hechos. La Historia, la Historia de la Economía y la Antropología han demostrado con creces y en base a gran cantidad de datos empíricos, la inexistencia de una naturaleza humana (Polanyi, 1994. Polanyi, Arensberg y Pearson, 1976. Monares, 2008). Del mismo modo, a estas alturas que esa naturaleza sea una egoísta –e incluso materialista en general– ni siquiera merece ser discutido. De dónde no deja de ser llamativo que *todavía* sea posible preguntarse “¿Por qué un descubrimiento de sobra conocido había afectado tan poco a una disciplina, la economía, con importantísimas repercusiones prácticas? ¿Por qué todo nuestro aparato institucional se empeña en fomentar medidas basadas en presupuestos antropológicamente endeblés?” (Rendueles, 2004: 163).

¹⁶Excepto entre los neoliberales que siguen reconociendo la grandeza de Adam Smith y su obra, como se puede ejemplificar en dos premios Nobel de la especialidad: Friedrich Von Hayek (1986) para quien aquel fue el más grande economista de su época por reconocer claramente el “problema central de la ciencia”: la autorregulación; y George Stigler (1987), quien está convencido que si al leer a Smith se está en desacuerdo con él es por propia incompetencia.

¹⁷“Los economistas y otros estudiosos de las ciencias sociales aspiran, quizá inevitablemente, a la reputación intelectual de los químicos, físicos, biólogos y microbiólogos. Esto exige que la economía presente sus proposiciones *definitivamente válidas*, como si se tratase de las estructuras de neutrones, protones, átomos y moléculas, que, una vez descubiertas, *rigen para siempre*. También se opina que la motivación humana es *inmutable* en una economía de mercado competitivo. *Estas verdades fijas y permanentes* permiten a los economistas concebir su disciplina como ciencia” (Galbraith, 1998: 311. Cursivas nuestras).

Las dudas planteadas por Rendueles son del todo válidas; es más, son tan evidentes que podría decirse que son de sentido común. Se sabe que aún con los cuantiosos e irrefutables datos que dejan en evidencia esos “presupuestos antropológicamente endeblés”, se los continúa enseñando en las cátedras de Economía Moderna cuales verdades fundamentales con una asumida base empírica. Esas falacias y/o errores siguen siendo el sustento del andamiaje teórico-práctico de los fundamentalistas del mercado. En el caso de los economistas no tan ortodoxos y de los heterodoxos, a pesar de que puedan tomar cierta distancia del mito del egoísmo individual, mantienen su creencia en el estatus científico de la Economía Moderna. El cual precisamente deviene de aceptar, de modo consciente o inconsciente, una regularidad estricta en la conducta humana.

Ello permite que se puedan encontrar, ¡a estas alturas!, escritos y declaraciones lamentables, cuando no irrisorias, de académicos que mantienen cautiva su capacidad intelectual en un rígido dogmatismo. Considérense respectivamente un texto académico de George Stigler, Nobel de Economía de 1982; y una entrevista concedida a *La Segunda* de Felipe Morandé, doctor en Economía de la Universidad de Minnesota, ex ministro del gobierno de Sebastián Piñera y ex decano de la Facultad de Economía y Negocios de la Universidad de Chile:

“Smith tuvo éxito cuando mereció tener éxito: sobre todo en proporcionar un teorema de potencia casi ilimitada sobre el comportamiento del hombre. Su construcción del individuo que persigue su propio interés en un contexto competitivo es newtoniano en su universalidad” (Stigler citado por Toledo, 2014: 223. Cursivas nuestras).

“Prohibir el lucro es tan *antinatural* como prohibir el sexo, en el sentido de que las personas *nos movemos por fuerzas al interior nuestro que se manifiestan, entre otras cosas, en el sexo y en el lucro*. Las personas necesitan para vivir tener estas características y reprimir las innecesariamente termina siendo contraproducente. Si a ti te reprimen el sexo, vas a tener problemas serios, mentales y vas a tener una personalidad tal vez distorsionada. *Lo mismo si prohíben el lucro*” (Morandé en Jiménez, 2016. Cursivas nuestras).¹⁸

¹⁸ Otro caso nacional es Álvaro Vial, economista, ex subsecretario de Economía de la dictadura y ex vicerrector académico de la Universidad Finis Terrae, quien en una columna que tituló “Cosas estúpidas” atacó el rechazo al lucro en la educación: “En cualquier país desarrollado todo este alboroto causaría un escándalo de proporciones. Si el lucro se prohibiera en toda la actividad económica estaríamos en presencia de una verdadera bomba atómica (...) Nadie entendería que la motivación más importante que impulsa a los hombres a trabajar por el progreso se castigue con cárcel” (Vial, 2014. Cursivas nuestras). Aparte del dogmatismo, en el caso de Vial y Morandé deben considerarse asimismo su defensa ideológica de intereses lucrativos específicos, que ambos pretenden hacer pasar por técnica.

Como es de suponer el autismo de los sectores científicistas, ortodoxos o fundamentalistas del mercado, implica que ni siquiera se molesten en leer trabajos de otras disciplinas socioculturales. Incluso, por más que de hecho les sirvan para complementar su propia visión. Pues, ¿qué se podría aprender cuando se *crea* saberlo todo? La superioridad de la “ciencia económica” sería tal y tan evidente para sus obsecuentes partidarios, que la ha llevado a ser una “ciencia imperialista”, una que expande su dominio a campos antaño investigados por otras disciplinas (Stigler, 1984. Lazear, 2000). Sin embargo, desde *dentro* de la propia Economía Moderna hace años se han venido objetando los supuestos clásicos.

Por ejemplo, ya en 1926 el connotado economista Keynes planteaba que el *laissez-faire* se sostenía en una “hipótesis incompleta introducida en aras de la simplicidad”, pues la presunción de que el individualismo competitivo producía un “mayor agregado de riqueza depende de una variedad de supuestos irreales”. Asimismo, Amartya Sen, Nobel de Economía de 1998, hace ya cuarenta años (el original del texto citado data de 1976), escribía contra la excesiva preocupación de la teoría económica por los “tontos racionales”, esa hipótesis del “hombre puramente económico” que convertía al ser humano en “casi un retrasado mental desde el punto de vista social” (Sen, 1986. Cursivas del original). Por su parte, Herbert Simon (2001), considerado no solo un gran economista, sino un gran intelectual, Nobel de la especialidad de 1978, exponía que la “mayoría de las decisiones de los seres humanos no están determinadas por el interés propio individual”, de donde el “interés propio económico en el sentido más estrecho” no es una motivación inherente y ni siquiera la principal de las personas o de las organizaciones.

Asimismo, se puede recurrir a las investigaciones experimentales de Daniel Kahneman, Nobel de Economía de 2002, las cuales establecieron desde la Psicología experimental que en situaciones de riesgo o incertidumbre se decide contradiciendo los supuestos del “hombre económico” (Nobel Prize.org, 2002). Por otro lado, un grupo de antropólogos y economistas del comportamiento dejaron empíricamente en evidencia que los principios supuestamente universales de la Economía ortodoxa no son más que hipótesis ideológicas de una específica perspectiva occidental. En un trabajo de campo interdisciplinario que consideró

15 sociedades de diferentes partes del mundo, pusieron a prueba las predicciones básicas del “hombre económico”: fallando en todos los casos (Heinrich *et al.*, 2004).¹⁹ Finalmente, desde las investigaciones que relacionan Economía y Biología evolucionista, los economistas Samuel Bowles y Herbert Gintis (2011) estudiaron la evolución humana y concluyeron que el *homo sapiens* no responde al modelo ortodoxo del autointerés, sino que es en esencia una “especie cooperativa”; en la cual se entremezcla la conducta prosocial (fruto de la voluntad y/o de carácter cultural) y una tendencia evolutiva a la cooperación (instintiva).

En general para cualquier situación, las demás disciplinas socioculturales sabían desde hace mucho tiempo que el modelo ortodoxo no pasaba de ser eso: una mera hipótesis que, además, era extremadamente *reduccionista*. El incentivo lucrativo o material no implica reacciones naturales –al modo de un instinto o una tendencia inconsciente dominante– y por ende tampoco implica que esas reacciones sean mecánicas ni inexorables. Si no hay un único motor de los actos, existen de hecho diversas racionalidades económicas (North, 1994). Esta obviedad, demostrada y asumida hace muchos años por otras disciplinas socioculturales, implica que las racionalidades están fundidas con las complejas estructuras ideológicas que establecen el marco sociocultural de toda decisión y/o elección, las que de hecho aunque sean individuales es imposible que sean *fuera de contexto*, o sea, en el fondo siempre serán socioculturales.²⁰ Acciones que, de hecho, no tienen por qué ser un fruto inexorable de un cálculo maximizador en términos de precios de mercado ni de precios psicológicos. La producción, los intercambios materiales, el consumo y las teorías sobre tales fenómenos surgen, se explican y adquieren sentido en su relación con el resto de las culturas específicas de los grupos humanos donde tales cuestiones ocurren. En el mundo real lo económico o los diversos sistemas de sustento nunca han sido actividades por sí y ante sí o totalmente autónomas. *De hecho, son imposibles por sí solas*. Siempre se han materializado y tomado lógica en función de otras partes de cada cultura (Polanyi, Arensberg y Pearson, 1976. Polanyi, 1994).

¹⁹ Con sutil ironía Joseph Heinrich, doctor en Antropología, comenta que su intensa búsqueda del “*homo economicus*” finalmente dio resultados: el modelo ortodoxo demostró ser muy eficaz “en la predicción del comportamiento de los chimpancés en experimentos simples”. Así, “todo el trabajo teórico no fue en vano”... ¡sólo estaba siendo aplicado “a la especie equivocada”! (Wilson y Henrich, 2016).

²⁰ La ficción del “individualismo metodológico” (Von Mises, 1962) que sostiene que cada individuo elige por sí y ante sí más allá del contexto, una vez más deja en evidencia la falla *típica* de la “ciencia económica”: sus premisas son válidas desde su propia lógica, más no verdaderas.

Esos *tardíos* avances en la teoría y en la investigación de esa extraña “ciencia” sociocultural llamada Economía, tampoco han tenido impacto en la disciplina. El que algunos economistas heterodoxos hayan descubierto (recientemente) la diversidad y complejidad de los actos humanos, no ha logrado que los entusiastas continuadores de los clásicos se dieran por enterados de sus propias falacias y errores. Se insiste, esas falacias y errores es lo que se sigue enseñando en las cátedras de Economía Moderna y se escuchan en las *autorizadas* voces de no pocos economistas. Por ende, persiste la duda acerca de por qué no se toman en cuenta los datos empíricos. Quienes pudieran encarar el desafío no recogen el guante. De hecho, parecería que muchos de ellos ni siquiera se han enterado de que hace mucho tiempo ese guante les ha golpeado en pleno rostro con gran violencia. He ahí la expresión del autismo disciplinar en toda su realidad.²¹

La ironía es que continuar actuando en base a supuestos falaces y seguir enseñándolos, es la actitud más *anticientífica* que pudiera tomar cualquiera que quisiera ser considerado un científico de verdad o uno serio. Más impresentable todavía es rechazar una revisión del propio saber bajo argumentos de autoridad, descalificando las ideas en contrario e incluso a quienes las sostienen por defender intereses particulares, estar pasados de moda o no ser economistas profesionales.²² Esa no es una actitud académica, sino dogmática. Y mucho peor todavía, pues cuando se recuerda que a quienes aquí se hace referencia son neoliberales, se concluye que se niegan a competir. Se mantienen en la comodidad de la posición dominante de su monopolio intelectual... políticamente establecido y reproducido.

Tal nivel de ceguera y soberbia dogmática trae a colación una famosa anécdota. En 1610 Galileo descubrió los satélites de Júpiter utilizando un telescopio. Dicho hallazgo echaba por tierra el sistema de Aristóteles que negaba la posibilidad de un cuerpo orbitando en torno a otro que a su vez estaba en movimiento. Los

²¹ El pensamiento clásico está vigente en los manuales para la enseñanza de la disciplina; ver por ejemplo *Principios de Economía* de N. Gregory Mankiw (2007), texto hoy de *moda* en las universidades chilenas: “los hogares y las empresas interactúan en los mercados como si fueran guiadas por una mano invisible que los condujera a obtener unos resultados de mercado deseables”. El *legalismo* también se refleja en libros de difusión como *Spousonomics* que, sustentado en entrevistas a especialistas y nóbeles de Economía, “aplica las teorías económicas en el matrimonio” (*La Tercera*, 2011), lo que es un eco evidente de la singular perspectiva de Gary Becker (1978) para analizar la realidad.

²² La última *imputación* deja al descubierto la autopercepción gremial ortodoxa de ser una especie de secta exclusiva y excluyente, donde sólo se acepta a quienes están comprobadamente iniciados (certificados en las instituciones correctas) en los altos saberes esotéricos, cuya importancia y dificultad obligarían a salvaguardarlos del ignorante vulgo exotérico.

intransigentes aristotélicos de la Universidad de Bolonia enfrentaron a Galileo, pues según ellos “*a priori*” y “por simples definiciones filosóficas” quedaban en *evidencia* las fantasías del gran filósofo natural pisano: no hacía falta experiencia alguna ante tamaña evidencia. A fin de dirimir la cuestión, Galileo los invitó a su casa para que a través del telescopio vieran por sí mismos los porfiados hechos. Mas, finalmente, los aristotélicos *ganaron* la disputa de una forma muy singular: ¡se negaron a mirar por el telescopio! (Galileo, 1998. Pérez, 1998).

4. Retos éticos de la Economía y de su enseñanza

Se sabe que el propio Adam Smith (y junto a él los demás ilustrados) rechazaría indignado el que los “científicos” hayan terminado igualando el vicio con la virtud... ¡Y además en su nombre! Incluso en su errónea concepción de *una* naturaleza humana egoísta, el moralista escocés estaba lejos de aceptar tal homologación por ser una evidente aberración moral en sí y más todavía para un devoto cristiano como era él. Pero, del mismo modo, es una traición a los alrededor de 25 siglos de tradición moral de Occidente. No obstante, inconscientemente o con una vaga conciencia, los economistas ortodoxos han pretendido apoyarse en Smith para sustentar tal aberración. A pesar de que se diga que la “ciencia económica” sólo describe hechos empíricos, se *olvida* o se *esconde* un punto muy relevante: en tanto Economía política materializa los dictados de la teoría.²³

Entonces, más allá de que economistas no *tan* ortodoxos –como por ejemplo Paul Krugman (2008), Nobel de la especialidad de 2008–, asuman una postura pragmática por la cual la hipótesis clásica del egoísmo sería sólo un modelo útil, siguen sin considerar una cuestión fundamental. Esa operacionalización de la metafísica del pecado original, al ser enseñada en colegios y universidades como dato empírico, al ser aplicada por medio de medidas en organizaciones (económicas y no económicas) y como base de políticas públicas, tiene un innegable rol en la validación y materialización del egoísmo como conducta individual y social no sólo legítima, sino además correcta o deseable. Desde el punto de vista ético, la “racionalidad económica” se convierte en un principio orientador de la acción humana; cuyo cálculo egoísta cuenta con el apoyo validador de una “ciencia” y

²³ Los defensores de una teoría pura, quienes defienden una especie de juegos mentales, olvidan ese detalle. El propio Alfred Marshall, un economista con una visión mucho más amplia que la ortodoxa actual, sentía “poco respeto por la teoría pura”: “Me parece que gran parte de la ‘teoría pura’ es una fruslería elegante”. Si bien el autor sostenía la importancia de lo teórico, decía no imaginar “una noción más perjudicial que la de que la economía abstracta, general o ‘teórica’ es ‘apropiada’ ” (Hodgson, 2002).

de toda una institucionalidad política y académica (que emplea a la prensa como caja de resonancia). Como ya se había expuesto, a pesar de la marcada frontera que los ortodoxos establecen con los aspectos no económicos, *la Economía en sí implica una ética*. Parafraseando a Renato Espoz (2003), se puede afirmar que aquella propone e instaura la nueva moral moderna.

En relación a esa *construcción de la realidad* en base a las ideas y valores ortodoxos –no sólo en lo conceptual, sino también a nivel individual y de instituciones socioculturales–, se puede recurrir al filósofo Michael Sandel (2014). Este expone que con el fin de la Guerra Fría los “valores del mercado empezaron a desempeñar un papel cada vez mayor en la vida social”, con lo que la Economía “fue convirtiéndose en un dominio de dimensiones imperiales”. El resultado de tal proceso fue que la mentalidad egoísta se empezó a aplicar no sólo a los bienes materiales, fue expandida y terminó gobernando otros aspectos de la vida social sin relación a los mercados. En otras palabras, el problema actual es que fue instalada una ética que refleja una *cultura* neoliberal con sus correspondientes valores, ideas e instituciones que fomentan y reproducen el mercado individualista y competitivo. Todo lo cual se *naturalizó*, pasó a ser evidente u obvio, y se legitimó al punto de ser concebido como correcto. A decir de Sandel, no se trata de que la codicia se haya acrecentado o echara a perder el sistema y a los agentes económicos, el punto es que campea la codicia porque el sistema conlleva y potencia la codicia en tanto *valor*. A lo cual se deben sumar las políticas de desregulación que dejaron el egoísmo sin control, como quedó trágicamente de manifiesto con la crisis financiera del 2008.

Así, siguiendo con Sandel, se entiende que la fe de muchos economistas en que “los mercados son inertes” y “no afectan a los bienes intercambiados” (además de su tendencia a evadir la realidad al asumir *a priori* sus supuestos), inhabilita a aquellos para percibir que “los mercados dejan su marca”: “los valores mercantiles desplazan a valores no mercantiles que merecen ser protegidos”. Pues, cuando se mercantilizan ciertas cosas se las corrompe y/o degrada; como es el caso de los seres humanos o el voto u otras obligaciones/derechos ciudadanos. Hay que tener la claridad, desde la ética y desde la Economía, para percatarse de que una economía de mercado es diferente, ¡y debe ser diferente!, de una sociedad de mercado:

²⁴ Karl Polanyi (1994) ya había establecido a mediados del siglo XX la diferencia entre una economía de mercado y una sociedad de mercado, exponiendo que para poder existir ese tipo de economía requería transformar a la sociedad y poner todos sus ámbitos en función suya. En Monares (2008) se trató ampliamente el tema de la imposición de una cultura neoliberal.

“La diferencia es esta: una economía de mercado es una herramienta –una herramienta valiosa y eficaz– para organizar la actividad productiva. Una sociedad de mercado es una manera de vivir en la que los valores mercantiles penetran en cada aspecto de las actividades humanas. Es un lugar donde las relaciones sociales están hechas a imagen del mercado” (Sandel, 2014: 18).

A la fecha el neoliberalismo, por su política de *discriminación hiperpositiva* hacia los grandes agentes económicos, relajó las regulaciones del sistema productivo-comercial cuando no las eliminó completamente.²⁵ La autonomía del mercado fue *salvada* de las intervenciones y medidas que hoy los ortodoxos consideran imprudentes y hasta contraproducentes. No obstante, la autorregulación en un ambiente donde ya no prima la ética del trabajo productivo sostenida por Smith –*La Ética Protestante* identificada por Max Weber (1994)– no ha dado siempre frutos benignos. Parecería que los agentes del mercado llegaron a doblarle la “mano invisible” a Dios o tal vez últimamente *Él* ha preferido mirar hacia otro lado...²⁶

Hay muchas pruebas de que el sistema de ajuste automático, no funciona sin el trasfondo sociocultural y especialmente sin la ética del trabajo de raíces reformadas. Para describir esta situación en términos aristotélicos, se puede recurrir al filósofo Alasdair Macintyre (1984) quien señala que la “inteligencia práctica requiere de la presencia de las virtudes de carácter”. O sea, la acción debe estar fundada en una estructura ética virtuosa en que se sustente una línea de acciones “buenas” (o patrones de conducta en ese sentido se diría hoy). De no ser así, el actuar “resulta ser solamente un género de astucia susceptible de enlazar medios para cualquier fin” (cursivas nuestras), fines que en este caso no considerarían los que son “auténticamente buenos para el hombre”. A estas alturas se entiende que esa “astucia” calculadora está plena y lamentablemente representada en la práctica económica en los contextos neoliberalizados.

En Chile se está en presencia de una especie de epidemia de corrupción, la cual ha implicado graves transgresiones éticas que, en no pocos casos, han pasado a ser violaciones de la ley ventiladas en tribunales. Entre los tantos ejemplos citables se tiene: cobro de comisiones de las AFP sin informar a los clientes;

²⁵ Luigi Zingales, doctor en Economía del MIT y profesor de la Universidad de Chicago, critica duramente tal postura: “Lo primero es entender que hay una gran diferencia entre ser pro mercado y ser pro empresa” y “Los profesores de las escuelas de negocios a menudo son *cheerleaders* de los empresarios sin importar la razón” (Nampur, 2015).

²⁶ El neoliberal Friedrich Von Hayek, quien reitera la postura de Smith sin nombrar a la Deidad, en una diferencia que el filósofo moral escocés tendría por mayúscula e inaceptable, sostiene que el mercado sería *amoral*: no se puede decir que sea bueno o malo, sencillamente en el sistema se logran resultados (Monares, 2008).

violaciones unilaterales de contratos de las ISAPRE e integración vertical de estas con clínicas y laboratorios; lucro (prohibido por ley) en el sistema educativo y sobre todo en la educación superior; la banca imponiendo condiciones leoninas a sus clientes; sobreprecios y coimas en los contratos municipales de recolección de basura; repactación unilateral de deudas y engaño al mercado por La Polar; el ex candidato presidencial Laurence Golborne y el ex presidente Sebastián Piñera, eludiendo pagar impuestos en el país a través de paraísos fiscales; fraudes en el Ejército y Carabineros; grandes empresas comprando políticos para manejar la legislación; colusiones de precios de farmacias, productores de pollos y de papel *tissue* (compañías que además tienen una posición dominante u oligopólica en sus respectivos mercados); médicos que piden exámenes innecesarios para bajar el costo de arriendo de sus salas de atención y recetan medicamentos de ciertos laboratorios de los cuales reciben regalos; estafas piramidales por parte de consultores financieros; malversación de fondos en la ANFP; cajas de compensación otorgando préstamos a jubilados de escasos recursos; diversas arbitrariedades fruto de una posición dominante y de la concentración de diferentes mercados, como CENCOSUD pagando a sus proveedores a 180 días; etc.²⁷

Tales situaciones, ¿son un exceso de ingenio emprendedor o violaciones éticas y legales? Porque si se acepta la conveniencia de la paradoja del *vicio virtuoso*, quienes birlaron dinero a otros algún día lo gastarán. Tarde o temprano llegará al sistema productivo-comercial para incentivarlo creando nuevas mercancías, servicios y empleos. En tal sentido el tráfico de drogas, de personas o el trabajo infantil al final también aportan al PIB. Ese dinero se desembolsaría o invertiría alguna vez. Entonces, ¿cuál sería el problema? ¿Por qué tanto escándalo y moralina? Mas, cuando la Economía como “ciencia” tiene que ver con los medios y no con los fines (Robbins, 1951).²⁸

A esa misma lógica paradójica del vicio consiguiendo la virtud responde la eliminación de leyes laborales, el mantenimiento de salarios bajos, las deslocalizaciones, etc. Esos males circunstanciales, dicen los neoliberales y

²⁷ Como se puede ver, muchas de estas faltas éticas son descaradas violaciones de los principios del propio sistema de mercado y son realizadas por personas neoliberales o que profesan los principios económicos ortodoxos.

²⁸ Una aceptación acrítica y no pocas veces, o por eso mismo, fanática del sistema de egoísmo se puede encontrar en Chile entre tres grupos: los cultores de algunas de las técnicas y saberes satélites de la Economía Moderna (*marketing*, publicidad, *coaching*, planificación estratégica o *management*), el amplio grupo relacionado a lo productivo-comercial (pequeños y medianos empresarios, mandos altos y medios de compañías, *brokers*, vendedores, consultores o tecnócratas) y en general entre la hoy llamada clase media “emergente” o “aspiracional”.

lo recalcan cada vez que pueden, provocarían un bien a mediano plazo: más producción, empleo y riqueza. Para *todos* agregan sin pudor ni conciencia de la realidad. Es la aceptación de un mundo tal como es, como ha sido construido en realidad, en desmedro del empeño de hacer un mundo como debiera ser. Y ello se sustenta en la Economía Positiva o “científica”: el vicio, al ser inherente a la especie humana, no sería algo que se pueda hacer variar y menos hacer desaparecer. Es más, por fortuna no habría para qué cambiarlo, pues en el fondo sería beneficioso para todos. ¿Para qué intentar lograr el bien a través del bien? Mejor es mantener la no intervención para que el vicio pueda lograr las virtudes del crecimiento y la utilidad:

“Puede parecer magnífico que se diga: ‘¡Al diablo la economía, y rehagamos un mundo decoroso!’ Pero esto, de hecho, es pura *irresponsabilidad* (...) nuestra *sola* posibilidad de construir un mundo decoroso está en poder *continuar mejorando el nivel general de la riqueza*” (Von Hayek, 1995: 252. Cursivas nuestras).

Esos fundamentos míticos o metafísicos se expresan en la enseñanza y práctica del ámbito económico. Por ejemplo, un profesor universitario se puede seguir preguntando en pleno siglo XXI si acaso es posible “tener éxito en los negocios actuando de manera ética” (léase virtuosa o al menos no viciosa). Su respuesta, en base a sus investigaciones y experiencia profesional en el mundo empresarial privado, es que “la conducta ética en el mercado, la empresa y los negocios puede constituir una desventaja para la competitividad y continuidad, al menos en el corto plazo” (Wigodski, 2015: 9).²⁹ Por otro lado, en el área de la administración y los gobiernos corporativos esa mirada ha dado pie al desarrollo de la “Teoría del comportamiento de agencia” para la cual es evidente que “cada individuo, natural e inevitablemente, (empleado, gerente, accionista, proveedor o cliente) sólo busca su propia ganancia y aprovechará cualquier resquicio para maximizar la ganancia propia” (Toledo, 2014: 118).

De lo expuesto surge o debería surgir la necesidad de enjuiciar y/o repensar los principios de la Economía Moderna. Si ya se sabe por datos científicos que no hay una naturaleza humana –que elimina además la evidente relevancia de los contextos socioculturales e históricos– y menos aún una emocional egoísta, ¿por qué se mantiene ese craso error en tanto principio básico del sistema de

²⁹ El autor asumiría una postura *menos* ortodoxa, pero igualmente se ve subsumido por la tradición cuando termina afirmando que “el ser humano es un animal depredador y oportunista”.

libre mercado y/o de la mirada científico-legalista de la conducta humana? Pero todavía más, ¿por qué se sigue enseñando esa teoría que junto con no tener apoyo empírico es tan cuestionable desde el punto de vista ético? Mas, cuando tarde o temprano los estudiantes replicarán ese principio orientador de la acción en su vida personal, profesional, social, política y por supuesto en la económica.

No hay que confundirse y creer que esa mala hipótesis da cuenta de la verdadera naturaleza humana, sólo porque muchas sociedades han sido organizadas según tales preceptos. Por ende los asalariados, ahorristas, consumidores y demás actores de los mercados libres deben economizar o les conviene maximizar. Pero no por un impulso inherente e inexorable, sino por motivos socioculturales y ciertamente económicos de los contextos *neoliberalizados*. He ahí la ventaja de la perspectiva amplia de las disciplinas socioculturales, en comparación a las dogmáticas y formales de escritorio.³⁰

Luego, al considerar lo antedicho, el cuestionamiento consecuente de fondo se dirige al hecho de enseñar a ser egoístas a las nuevas generaciones, de formarlos en principios orientadores de la acción corruptos. En otras palabras, *¿es normal o correcto educar en el vicio y fomentarlo?* Es más, uno podría preguntar a cualquier profesor de Economía Moderna si él enseña a sus hijos a ser viciosos y si le gustaría que ello ocurriera en la institución escolar donde los matriculó. Dudas que debieran tomar en cuenta el que los profesores trabajarían para educar en el bien común y fomentarlo. Lo cual cobra mayor relevancia en el caso de las instituciones que reciben dinero estatal, es decir, en aquellas en las cuales finalmente todos y todas las chilenas pagan los salarios de esos docentes (por mucho que las políticas neoliberales de autofinanciamiento hayan relativizado el punto). No se cree aquí posible que lo hicieran si supieran que los académicos de las áreas de economía son difusores del vicio.³¹

³⁰ En el ambiente científicista esas miradas más amplias son justamente las rechazadas. Por ejemplo, según Theodore W. Schultz, ex decano del Departamento de Economía de Chicago, tomar en cuenta los “factores no económicos” es “traicionar el análisis económico, recurriendo a ‘teorías’ basadas en consideraciones culturales, sociales y políticas”. Después de todo, como dice el economista Paul Streeten, para los ortodoxos “la economía siempre es economía, ya sea en Londres, en Nueva Delhi, en Tokio, o en la Luna”... Un economista “científico” ha de cuidarse de que sus colegas no lo *rebajen* a la categoría de “sociólogo” (Monares, 2008).

³¹ Acerca de la enseñanza del vicio del egoísmo en la Economía Moderna, Joseph Stiglitz, Nobel de Economía de 2001, remarca que los estudios experimentales han demostrado que aquella propensión no predomina en las personas, “excepto en el caso de un grupo: los economistas mismos” (Stiglitz, 2002). En la misma línea, investigaciones encabezadas por R.H. Frank “encontraron que los estudiantes de economía son más egoístas que los demás, y que no se trata de que las personas egoístas sean atraídas al estudio de la economía, sino que el estudio de la economía las hace más egoístas” (Streeten, 2007).

Cuando las cuestiones éticas se ven con claridad y cuando se sabe que el vicio es sólo *una* de las tantas opciones de la acción humana y no la única, ¿quién podría asumir una premisa del todo irreal? Pero, con mayor razón, ¿quién podría difundir el vicio porque lo supone benéfico?, ¿quién podría preferirlo a la virtud?, ¿qué tipo de persona podría sentirse orgullosa de actuar según el vicio y que la sociedad sea organizada en base a él? Visto así el asunto, ¿podemos dejar a los niños y jóvenes en manos personas con tal estructura ética?

Para terminar se citará la caracterización crítica del pragmatismo individualista que hiciera Fiodor Dostoyevski. El autor describe el abierto cinismo o la desenfadada sinceridad de quienes viven sin “ideales” ni “virtudes”, de los que consideran al otro sólo cuando les “reporta alguna utilidad”. Aquellos que incluso llegan a decir que en la “base de todas esas virtudes humanas hay un profundo egoísmo”:

“¿Y qué cosa más virtuosa que el egoísmo? El amor a sí mismo: he ahí la única norma que yo reconozco. La vida es una transacción comercial; de balde no da usted dinero, pero paga por el placer y cumple con todos sus deberes para con el prójimo...; ahí tiene usted toda mi moral (...) aunque le confieso a usted que, a juicio mío, es mejor no pagarle al prójimo, sino saber obligarle a hacer las cosas de balde. En cuanto a ideales, ni los tengo ni los quiero tener; nunca sentí afición por ellos. En el mundo se puede vivir muy bien y muy a gusto sin ideales” (Dostoyevski, 1961: 433).

Esa crítica del gran escritor ruso se ubica en la misma línea económica y ética que por siglos fue la tradicional en Occidente, la cual se puede identificar claramente en Aristóteles, Tomás de Aquino y en el propio Adam Smith. ¿Qué ocurrió para que la apostasía a siglos de tradición fuera tan fácilmente aceptada? La tarea parece ser, por lo menos, partir por recuperar el sentido crítico... O, peor todavía, algo mucho más básico: el sentido común.

Bibliografía

- Becker, G. (1978). *The Economic Approach to Human Behavior*. Chicago: The University Press.
- Bowles, S. & Gintis, H. (2011). *A Cooperative Species. Human Reciprocity and Its Evolution*. Princeton and Oxford: Princeton University Press.
- Briones, G. (1990). *Métodos y Técnicas de Investigación Para las Ciencias Sociales*. 2da. edición. México D.F.: Editorial Trillas.
- Calvino, J. (1988). *Institución de la Religión Cristiana*. Buenos Aires: Editorial Nueva Creación.
- Cortina, A. (1994). *Ética de la empresa. Claves para una nueva cultura empresarial*. Madrid: Trotta.
- Daly, H. y Cobb Jr., J. (1993). *Para el Bien Común. Reorientando la Economía Hacia la Comunidad, el Ambiente y un Futuro Sostenible*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Dostoyevski, F. (1961). *Humillados y Ofendidos*. 5ta. edición. Madrid: Editorial Aguilar.
- Espoz, R. (2003). *De cómo el hombre Limitó la Razón y Perdió la Libertad. El Poder de la Religión en la Filosofía Occidental*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Flavel, J. (2007). *El Misterio de la Providencia*. México D.F.: Publicaciones Faro de Gracia.
- Fontaine, J. (1981). *El punto de vista económico*. Estudios Públicos, (2), 1-17.
- Galbraith, J. (1998). *Historia de la economía*. 8ª Edición. Barcelona: Editorial Ariel.

- Galilei, G. (1998). *Carta a Cristina de Lorena y Otros Textos Sobre Ciencia y Religión*. Ediciones Altaya. Barcelona.
- Guzmán, J. (2005). *El rol de la ética en la ciencia económica*. *Ética y Economía*, (823), 11-27.
- Heinrich, J. et al. (2004). *Foundations of Human Sociality: Economic Experiments and Ethnographic Evidence from Fifteen Small-Scale Societies*. Oxford: Oxford University Press.
- Hodgson, G. (2002). ¿Cómo llegó la economía a semejante situación?. *Revista de Economía Institucional*, 4 (6), 19-23.
- Kant, E. (2000). *Filosofía de la historia*. 8ª reimpresión. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Keynes, J. M. (1926). *El Final del Laissez-faire*. Disponible en: <http://www.eumed.net/cursecon/textos/keynes/final.htm>. Consultada: 30 de marzo de 2015.
- Krugman, P. (2008). ¿Quién era Milton Friedman?. *El País*. Disponible en: http://www.elpais.com/articulo/primer/plano/Quien/era/Milton/Friedman/elpepueconeg/20081019elpneglse_7/Tes. Consultada: 30 de enero de 2014.
- Jiménez, L. (2016). *Prohibir el lucro es tan antinatural como prohibir el sexo*. La Segunda, Miércoles 24 de agosto de 2016.
- La Tercera. 2011. 6 leyes de la economía para un matrimonio exitoso, *Suplemento Tendencias*. Disponible en: <http://diario.latercera.com/2011/02/12/01/contenido/tendencias/26-59018-9-6-leyes-de-la-economia-para-un-matrimonio-exitoso.shtml>. Consultado: 23 de octubre de 2011.
- Lazear, E. (2000). *Economic imperialism*. *The Quarterly of Economics*, 115 (1), 99-146.

- Macintyre, A. (1984). *Tras la Virtud*. Barcelona: Crítica.
- Malthus, R. (1998). *Ensayo Sobre el Principio de la Población*. 2ª Edición en español. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Mandeville, B. (1982). *La Fábula de las Abejas o Los Vicios Privados Hacen la Prosperidad Pública*. México D.F.: fondo de Cultura Económica.
- Mankiw, G. (2007). *Principios de Economía*. 4ta. edición. Madrid: Thomson Paraninfo.
- Merton, R. (1984). *Ciencia, Tecnología y Sociedad en la Inglaterra del Siglo XVII*. Madrid: Alianza Editorial.
- Monares, A. (2008). *Oikonomía. Economía Moderna. Economías*. Santiago: Editorial Ayun.
- Monares, A. (2012). *Reforma e Ilustración. Los Teólogos Que Construyeron la Modernidad*. 2ª Edición revisada y aumentada. Santiago: Editorial Ayun.
- Monares, A. (2015). Para una arqueología crítica de la Economía “científica”: Función de utilidad y filosofía moral ilustrada. *Revista Polisemia*, (20), 17-28.
- Myrdal, G. (1959). *Teoría Económica y Regiones Subdesarrolladas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Namur, P. (2015). Lo primero es entender que hay una gran diferencia entre ser pro mercado y ser pro empresa & Los profesores de las escuelas de negocios a menudo son cheerleaders de los empresarios sin importar la razón. *Pulso*. Miércoles 18 de noviembre de 2015.
- Nobel prize.org. (2002). *Daniel Kahneman - Biographical*. Disponible en: http://nobelprize.org/nobel_prizes/economics/laureates/2002/kahneman-autobio.html. Consultada: 18 de diciembre de 2002.
- North, D. (1994). *¿Qué queremos decir cuando hablamos de racionalidad?*. *Estudios Públicos*, (53), 5-12.

- Pérez, C. (1998). Sobre un Concepto Histórico de Ciencia. *De la Epistemología Actual a la Dialéctica*. Santiago: LOM Ediciones,.
- Planck, M. (1947). *¿Adónde Va la Ciencia?*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Polanyi, K. (1994). *El Sustento del Hombre*. Madrid: Mondadori.
- Polanyi, K., Arensberg, C. y Pearson, H. (1976). *Comercio y Mercado en los Imperios Antiguos*. Barcelona: Editorial Labor.
- Ramírez, P. (2011). *La Piadosa Ilustración y los Filósofos Santos. Acerca de las Influencias Reformadas en la Conformación de la Modernidad*. Tesis para optar al grado de Doctor del Programa Migraciones y Conflictos en la Sociedad Global. Bilbao: Universidad de Deusto.
- Ramos, J. (2009). *Economía y ética. Estudios Públicos*, (116), 113-127.
- Rendueles, C. (2004). Karl Polanyi o la humildad de las ciencias sociales. *Revista de Filosofía*, (2), 155-166.
- Robbins, L. (1951). *Ensayo Sobre la Naturaleza y Significación de la Ciencia Económica*. 2ª edición. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Roll, E. (2003). *Historia de las Doctrinas Económicas*. 3ª reimpresión. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Sandel, M. (2014). *Lo Que el Dinero No Puede Comprar. Los Límites Morales del Mercado*. Santiago de Chile: Debate.
- Sen, A. (1986). Los tontos racionales. Una crítica de los fundamentos conductistas de la teoría económica. *Filosofía y Teoría Económica*. F. Hanh y M. Hollis (compiladores). México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Simon, H. (2001). ¿Por qué la administración pública?. *Revista de Economía Institucional*, (4), Primer Semestre, 119-122.
- Smith, A. (1997). *La Teoría de los Sentimientos Morales*. Madrid: Alianza Editorial.

- Smith, A. (2000). *Investigación Sobre la Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones*. 11ma. reimpresión. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Stigler, G. (1984). Economics - The imperial science?. *Scandinavian Journal of Economics*, 86 (3), 301-313.
- Stigler, G. (1987). *El Economista Como Predicador y Otros Ensayos*. Barcelona: Editorial Folio.
- Stiglitz, J. (2002). *Un reconocimiento a lo irracional*. Disponible en: <http://www.project-syndicate.org/commentary/celebrating-the-irrational/spanish>. Consultada: 18 de diciembre de 2002.
- Streeten, P. (2007). ¿Qué está mal en la economía contemporánea?. *Revista de Economía Institucional*, 9 (16), 35-62.
- Tawney, R. H. (1959). *La Religión en el Origen del Capitalismo*. Buenos Aires: Editorial Dédalo.
- Tillich, P. (1977). *Pensamiento Cristiano en Occidente. Segunda Parte: De la Ilustración a Nuestros Días*. 2 tomos. Buenos Aires: Editorial La Aurora.
- Toledo, H. (2014). *Magia Negra. La Teología, la Ciencia y la Ética Oculta en la Teoría Económica*. Santiago: Imprenta Donnebaum.
- Vial, Á. (2014). Cosas estúpidas. *El Mostrador*, 8 de octubre de 2014. Disponible en: <http://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2014/10/08/cosas-estupidas/>. Consultada: 10 de octubre de 2106.
- Von Hayek, F. (1986). El mensaje de Adam Smith en el lenguaje actual. *Estudios Públicos*, (23), 89-92.
- Von Hayek, F. (1995). *Camino de Servidumbre*. 3ra. reimpresión. Madrid: Alianza Editorial.
- Von Mises, L. (1962). *Los Fundamentos Últimos de la Ciencia Económica. Un Ensayo Sobre el Método*. EspaEbook.com.

Walzer, M. (2008). *La Revolución de los Santos. Estudio Sobre los Orígenes de la Política Radical*. Madrid: Katz Editores.

Weber, M. (1994). *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*. 11va. edición. Barcelona: Ediciones Península.

Wigodski, T. (2015). *Sobre el Oportunismo en los Negocios. Del Legítimo Beneficio a la Kairospatía*. Santiago: J.C. Sáez Editor.

Wilson, D, & Henrich, J. (2016). Scientists Discover What Economists Haven't Found: Humans. *Economics*. Disponible en: <http://economics.com/scientists-discover-what-economists-never-found-humans/>. Consultada: 25 de julio de 2016.

Zweig, F. (1954). *El Pensamiento Económico y su Perspectiva Histórica*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.